

Las tres fronteras

Pedro F. Castro

La frontera norte, como meta de la vida nacional, solamente adquiere sentido si se la considera a partir de la problemática general de las relaciones entre México y los Estados Unidos. En el ensayo que presentamos daremos una visión histórica de la frontera norte en tres momentos, desde los principios de la existencia independiente de México. La hipótesis principal del trabajo es que la configuración histórica de la vida económica, política y cultural de la frontera es resultado en buena parte del empuje de una nación poderosa en constante expansión, sobre un país con peculiaridades distintas y hasta opuestas en muchos aspectos. El fenómeno de la penetración norteamericana en territorio mexicano, como se verá, es añejo, y ha sido definitivo en el acontecer de procesos capitales de nuestra existencia como nación independiente.

La vieja frontera

La independencia de México en 1821 sorprendió al lejano norte tan apartado de la realidad general del país como en los siglos anteriores. La capital mexicana, desde un principio, buscó mantener unida a la comarca norteaña con el resto del territorio a través de una serie de lazos políticos, eclesiásticos, militares, económicos y demográficos. Este aparato carecía, no obstante, de efectividad: la periferia septentrional era víctima de un lento movimiento centrífugo que el centro era incapaz de contener.

El fracaso de México en establecer instituciones políticas viables reforzaba las dudas del hombre de la frontera norte en el sentido de la imposibilidad gubernamental de encarar las necesidades regionales. Muchos eran los signos elocuentes del descuido tradicional hacia la frontera. El colapso de las misio-

nes, el fracaso de la Iglesia católica para reemplazar a los franciscanos por clérigos seculares, así como la patética condición de los presidios, parecía condenar al lejano norte a una postración permanente. Junto a este abandono se daba, sin embargo, una lenta penetración norteamericana en la periferia septentrional.

¿Dónde podríamos encontrar los primeros acontecimientos que condujeran al más importante cambio de fronteras en el continente americano? Una vertiente explicativa se encuentra sin duda en el fracaso colonizador mexicano de su propio norte. *vis-a-vis* el avance norteamericano hacia el Oeste. Los objetos geopolíticos de la Corona española, más que la iniciativa individual, determinaban los lugares donde se establecerían los súbditos novohispanos. En lugar de la "línea fronteriza en avance continuo" que Turner vio en el oeste norteamericano, el norte de la Nueva España se ocupaba en puntos separados unos de otros por grandes distancias. El efecto: los lugares poblados en el lejano norte eran islotes en medio del inmenso océano desértico. Las misiones y los presidios carecían, aun en su mejor momento, de atractivo para aligerar las zonas sobrepobladas del centro. Solamente los minerales, así como algunas zonas agrícolas y ganaderas, conseguían atraer moradores, aunque en cantidades raquíticas. El escaso dinamismo demográfico del país, aunado al rigor de los desiertos y a los ataques de los indios bárbaros, parecían condenar al lejano norte a una despoblación crónica. A duras penas, Alta California, Nuevo México y Texas eran barreras de contención contra las invasiones extranjeras e indias para el resto de la nación.

La sociedad novohispana y luego mexicana de la frontera norte tendía a ser más estática que la norteamericana del oeste, así como reproductora de los

patrones estamentales y de clase característicos del centro de México. Una lenta movilidad social en el lejano norte, aunque mayor que en otras regiones del país, distaba mucho de tener las características de la de Estados Unidos. Tal situación, que en lo social era atrasada, repercutía negativamente en la acumulación de capital y en el uso más racional de los recursos, incluida la tierra desde luego. Sólo por excepción, en el lejano norte se rompía una estructura jerárquica consagrada por una urdimbre de tradiciones, usos y leyes. La rigidez manifiesta de la estructura social reflejaba en buena parte el escaso dinamismo económico de las tierras mexicanas. La agricultura y la ganadería de la frontera —sus actividades "naturales" por excelencia— se desarrollaban con lentitud porque sus mercados eran lejanos, de tal manera que los rancheros se veían imposibilitados para transportar sus frágiles productos agropecuarios. La mayor parte de la frontera norte experimentó una escasez de capital y de trabajo, ambos necesarios para la agricultura comercial, y la mayor parte de los habitantes tenían acceso limitado a la tierra irrigada y libre de las incursiones de los indios bárbaros. Como resultado de estos problemas, la agricultura fronteriza permaneció a nivel de mera subsistencia.

La frontera norte de México no alcanzó los niveles de actividad, abundancia y optimismo de la frontera americana, debido precisamente a que México no era económicamente tan dinámico como los Estados Unidos. Antes del siglo veinte México no era un país próspero, populoso o lo suficientemente estable para poblar su frontera, neutralizar a los merodeadores nómadas, y crear lazos comerciales y políticos entre el centro y la periferia. Las áreas fronterizas dependen, para su desarrollo, de habitantes, mercados y cultura de las regiones que les preceden.

La penetración norteamericana en el territorio fronterizo de México se alimentaba por varias vías, en movimientos rápidos que se percibían tardíamente en el centro del país. Tal avanzada fue presagio y estímulo para la realización del más ambicioso proyecto de expansión territorial jamás concebido por los Estados Unidos. Antes de 1821 las líneas de intercambio económico del lejano norte corrían hacia los centros mercantiles de Chihuahua, Durango y la ciudad de México. Pocos años después de la independencia mexicana estas líneas norte-sur se habían debilitado y suplantado por nuevos y vigorosos lazos económicos con los Estados Unidos. La actividad comercial de la ruta San Luis Missouri-Santa Fe y el contrabando alcanzaron un pronto florecimiento, así como el comercio marítimo entre la Nueva Inglaterra y la costa de la Alta California. Las cifras del valor de este comercio son imposibles de conocer por el nulo control oficial. Una idea aproximada del significado del comercio de Santa Fe para el sector fronterizo norteamericano de aquel entonces puede imaginarse con el hecho de que Missouri y otros territorios occidentales de los Estados Unidos recibían de aquél los suministros de “moneda dura” para su actividad económica, en la forma de monedas y barras de plata.

Junto al comercio de Santa Fe, los norteamericanos encontraron en la caza de los animales de pieles preciosas —del castor a la nutria— un motivo de apetito económico. Los tramperos y traficantes de pieles, sin contar con ninguna autorización oficial, se internaban profundamente en el norte fronterizo. Aventureros del ambiente desconocido y salvaje, que jugarían un importantísimo papel como instrumentos de penetración de los Estados Unidos, al ser explotadores de las rutas por las que ingresarían los colonos hacia California, al ser proveedores

de armas a las tribus salvajes, así como relatores de historias fantásticas y verdaderas acerca de las riquezas mexicanas.

La concesión de tierras tejanas a norteamericanos a partir del principio de México independiente, se reveló como la primera y una de las más desastrosas decisiones en la historia de este país. La medida, que parecía estar destinada a reforzar el baluarte defensivo del norte a través de la colonización de un territorio de posibilidades ilimitadas, tuvo como resultado las situaciones que se proponía prevenir. Las intenciones originales se mediatizaron por una invasión sin freno de elementos indóciles portadores de una cultura extraña y hasta hostil hacia lo mexicano. Desde luego, tal flujo desbordado no hubiera sido posible sin la escandalosa especulación con las tierras tejanas, en la que participaban no solamente norteamericanos, sino también empresarios, funcionarios y políticos mexicanos del corte de Lorenzo de Zavala.

El principal error de México en el caso de Texas fue permitir a los norteamericanos crear, sin impedimentos, su propia comunidad en territorio mexicano nominal. Los inmigrantes abandonaban sus lugares de origen y su primera soberanía, pero estos norteamericanos llevaban con ellos, con sus aperos de labranza, animales y utensilios domésticos, sus propias lecciones de política, moral, religión y negocios. Ellos no deseaban desaprender éstas para aprender otras nuevas. Los inmigrantes norteamericanos en Texas nunca tuvieron la real intención de convertirse en mexicanos.

Mientras los comerciantes de la ruta de Santa Fe, tramperos, traficantes de pieles y contrabandistas incursionaban en el Norte de México, y los colonos anglosajones convertían a Texas en una prolongación de la economía y la cultura de los Estados

Unidos, los mercaderes marítimos de la Nueva Inglaterra hacían lo propio en la Alta California. Primero atraídos por el comercio de pieles de nutria marina —que fue durante años el principal producto californiano de exportación— los neolingles realizaban en California importantes compras de cueros de bovino y sebo, éste por entonces indispensable en la fabricación de velas. En la descripción pintoresca de California hecha por el viajero norteamericano Henry Dana (*Two Years Before the Mast*, 1840), el proceso de la matanza de bovinos y el embarque de pieles y sebo aparece como la actividad económica más significativa de los ranchos de la región. De pasada, en este popular libro se relatan las bondades excepcionales del clima y del suelo de California, “dignas del disfrute norteamericano”.

Fronteras en transición

La conquista norteamericana del lejano norte a raíz de la guerra del 47, como es natural, daría nueva forma y contenido a las fronteras entre México y los Estados Unidos. En definitiva, y para efectos prácticos, ambos países eran más “ceranos”, y circunstancias desconocidas en lo social, económico, político y cultural, configurarían situaciones muy diferentes a las anteriores.

La ocupación del antiguo lejano norte de México tendría profundas consecuencias en la sociedad y la cultura de los mexicanos al Norte del Bravo. Californios, tejanos y neomexicanos verían importantes cómo el pretendido derecho de conquista se encargaría de destruir la visión idílica del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que comprometía a los Estados Unidos a garantizar el libre disfrute de la propiedad de los antiguos súbditos de México.

En un primer momento, el choque de la cultura norteamericana con la mexicana hizo un presagio funesto del tiempo por venir. El fundamento de tal conflicto nacía de la actitud norteamericana hacia el catolicismo, el sentido puritano del trabajo —o “ética protestante”—, al desprecio republicano hacia la “aristocracia” oligárquica hispanoamericana, su apego a los principios del “Destino Manifiesto” y el pavor anglosajón a la mezcla racial, sobre todo con las gentes de tez morena. En este antagonismo, la parte conquistadora aplicaba las políticas de exclusión características de la vida norteamericana, frente a una sociedad fragmentada que, en la mayor parte de los casos, mostró una suerte de resistencia pasiva. El desprecio de los conquistadores por una cultura proclamada “inferior” dio amplia racionalización al pillaje generalizado contra los mexicanos, en especial de sus tierras.¹

La toma organizada de las tierras de los mexicanos fue sucedida inmediatamente a la conquista del lejano norte. A través de compra, violencia física, legislación sobre la tierra, manipulación financiera y otras muchas tácticas, los norteamericanos se fueron apoderando de las propiedades inmuebles de los antiguos mexicanos. Los conquistadores llegaban a sus nuevos dominios con sus leyes y normas administrativas, que en esencia diferían de las pertenecientes a la soberanía pasada. En muchos casos las nuevas autoridades exigían a los mexicanos el registro de sus tierras, y cuando no lo hacían en el plazo estipulado, las perdían sin remedio. Los nor-

¹ Véase una visión del choque cultural y una relación detallada de ciertos despojos de tierras en California en el libro de Leonard Pitt. *The Decline of the Californios: a Social History of the Spanish-Speaking, 1846-1890*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1970.

teamericanos, además, imponían impuestos altos a las propiedades de los mexicanos, práctica ajena y desconocida para los viejos moradores. Quienes carecían de recursos para afrontar sus obligaciones fiscales, perdían sus tierras, que luego pasaban a otras manos. Los bancos, por otro lado, tenían el control de muchos deudores mexicanos, que acababan perdiendo sus propiedades hipotecadas.²

La conquista norteamericana de la antigua frontera norte generó reacciones aisladas ante el invasor que, sin embargo, pronto se apagaron ante la superioridad bélica de los Estados Unidos. Las rebeliones de Montoya y Tomasito Romero en Nuevo México, así como las guerrillas de Andrés Pico en California, desmienten la fábula de la conquista incruenta del territorio norteamericano. La resistencia militar inmediata a la ocupación norteamericana fue breve e infructuosa. Pero la ruptura del equilibrio político, social y económico en los años que siguieron al fin de la guerra produjo otro tipo de rebeldía, menos organizada y consistente aunque más heroica. Se trata de las rebeliones de Tiburcio Vázquez, Joaquín Murrieta, Elfego Baca, Juan Cortina y Gregorio Cortés en diferentes puntos del territorio perdido. Tales insurrecciones tienen rasgos comunes, a pesar de las enormes distancias que dividían a los protagonistas. Ellas reflejaron la ruptura de una sociedad y de un modo de vivir, el ascenso de nuevas clases y estructuras sociales, y la resistencia de comunidades enteras contra la destrucción de sus bases. La conquista del norte mexicano estableció un gobierno extranjero que no era apoyado ni en-



Gerardo Aguilar

tendido por las poblaciones locales, y proporcionó las condiciones propicias para el bandidaje social.³

² Una lista completa de "tácticas" de despojo usado contra los propietarios neomexicanos de tierras se encuentra en el libro de Tino Villanueva, *Chicanos (Selección)*, Lecturas Mexicanas 89, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, pp. 79-80.

³ Véase Castillo, Pedro y Camarillo, Alberto. *Furia y Muerte: los bandidos chicanos*, Los Angeles, University of California Press, 1973.

El final de la guerra del 47 y la subsecuente pérdida del lejano norte se vio sucedido por un breve periodo de calma política en el centro de México. Sin embargo, regionalmente el país permanecía desorganizado y fragmentado. Fuera de la ciudad de México, el gobierno nacional ejercía solamente una autoridad limitada. En la nueva frontera norte, los funcionarios de aduanas desviaban los pagos por derechos de sus propios bolsillos, mientras que los gobernantes ejercían el poder regional como sátrapas virtuales, en medio del imperio de la violencia.

Entre 1848 y 1880, la existencia de una tierra sin ley a lo largo del río Bravo, de Piedras Negras a Matamoros, creaba una situación potencialmente explosiva en las relaciones entre México y los Estados Unidos. En esa zona habitaba una población mexicana de residencia precaria, que se componía de aventureros y desalmados. Del lado de México el poder del gobierno central permanecía tan débil como a principios de la independencia. La situación de la parte norteamericana no era mejor. Además de una minoría mexicana resentida y de descendientes pobres de los antiguos colonos angloamericanos, estaba un grupo hegemónico proveniente de los Estados Unidos. En esta sociedad florecía el contrabando, y la zona libre de Tamaulipas causaba irritación tanto en el comercio mexicano como en el texano. Los indios bárbaros, los bandidos y los filibusteros, algunas veces en colaboración con funcionarios locales eran problemas de magnitud en ambas fronteras.

Los gobiernos de México y los Estados Unidos llegaron a un acuerdo que permitía el cruce recíproco de tropas por la frontera, y antes de que terminara la década de 1880, se eliminaron prácticamente las incursiones de indios y bandidos, mientras el filibusterismo desaparecía en la medida en que Washing-

ton se mostraba renuente a permitir la organización de sus aventuras en su territorio. Las fuerzas armadas profesionales, poblaciones en crecimiento, mejores comunicaciones y progreso económico trajeron condiciones sociales más estables en ambos lados de la línea fronteriza.

Porfirio Díaz, poco antes de dejar su puesto en el primer periodo y pasarlo a su compadre Manuel González, entró en tratos con dos empresas ferrocarrileras norteamericanas para construir vías que concertaran el centro de México con Ciudad Juárez y Nuevo Laredo. La consolidación porfirista trajo además a México un flujo sin precedentes de inversiones norteamericanas. La construcción de vías de ferrocarril estableció de manera definitiva el grado en que la región fronteriza se integraría en los años siguientes al resto de México y a la esfera de influencia norteamericana.⁴

En las últimas décadas del siglo diecinueve la economía rural del Norte también recibió un impulso significativo, con la explotación de los minerales en varios estados. La ganadería, los bienes raíces y la agricultura comercial en el norte fueron asimismo favorecidos con inversiones norteamericanas considerables, gracias a la paz fronteriza y a la política económica del Porfiriato que era generosa en subsidios y concesiones. La parte del capital estadounidense en la frontera norte se hizo significativa, de acuerdo con las estimaciones de D'Oliver:

⁴ "Los ferrocarriles ilustraron de la manera más palpable que lo que anteriormente era una zona de colonización se estaba transformando en una frontera, y que lo que antes había estado más allá del alcance de cualquier país estaba ahora al alcance de dos países al mismo tiempo". Katz, Friedrich, *La Guerra Secreta de México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*, tomo 1, México, Ediciones Era, 1982, p. 24.

hacia 1902, más del 22% del total de las inversiones norteamericanas en México había correspondido a tres Estados norteros: 6.3% a Chihuahua, 7.3% a Sonora y 9.5% a Coahuila, primordialmente en los ramos de la minería, agricultura y transportes.⁵

La transformación de la zona fronteriza nortera llevada a cabo por las necesidades de la vecindad con los Estados Unidos y la creciente afluencia de capitales foráneos tuvo profundas repercusiones en todos los ámbitos. La existencia prácticamente autónoma de Sonora, Chihuahua y Coahuila vio su fin con la demolición de los feudos independientes de Luis Terrazas e Ignacio Pesqueira. Con la derrota de la apachería, hacia 1885, las comunidades campesino-militares del Norte fueron haciéndose prescindibles para los hacendados y políticos, resultando en un proceso de expropiación de sus tierras y conculcación de sus derechos políticos —fundamentalmente su autonomía municipal— y en su proletarización acelerada. Las inversiones norteamericanas en la frontera, en cambio, multiplicaron las oportunidades económicas para las clases medias y la clase obrera industrial gracias al aumento de sus salarios reales, pero también las hizo altamente vulnerables al ciclo económico de los Estados Unidos, como la crisis de 1907. Merced al desarrollo de la minería y la industria, la servidumbre por deudas perdía vigencia en el Norte debido a las mayores posibilidades de empleo. Un grupo social había resultado ampliamente favorecido por la transformación de la zona fronteriza, y era la clase de los caudillos de Chihuahua y Sonora. Este grupo supo sumar a sus antecedentes tradicionales nuevas fuen-

tes de ingresos resultado de las inversiones extranjeras, tales como las derivadas de su papel de intermediarios para las compañías extranjeras que realizaban operaciones en México, la venta y explotación de tierras públicas, y, sobre todo, el control del sistema de crédito de los Estados.

¿Por qué el Norte fronterizo se convirtió en el teatro principal de la Revolución Mexicana de 1910? Sin duda, las amplias y aceleradas transformaciones propiciadas por las inversiones foráneas condujeron a rupturas económicas y desequilibrios sociales en la frontera que fueron caldo de cultivo de la rebelión organizada. La transición de la zona fronteriza aislada, característica de antes de 1880, en una área integrada a la zona sudoccidental de los Estados Unidos, no se dio en forma pacífica debido a la celeridad de los cambios de una esfera más amplia en las últimas décadas del porfirismo.

La contigüidad geográfica y económica del norte mexicano con la frontera de los Estados Unidos fue significativa en la ruptura del orden porfiriano. Los colonos fronterizos rebeldes tuvieron en Texas, California, Arizona o Nuevo México una fuente de suministro de armas para hacer la revolución, así como un santuario permanente para preparar sus actividades. Un elemento más de influencia norteamericana en la frontera norte estuvo, sin duda, en las motivaciones de muchos revolucionarios el logro de condiciones de vida política, con derechos y libertades propios de la sociedad —blanca— norteamericana. La vecindad de fronteras, pues, fue decisiva en la actividad revolucionaria de 1910, que envolvió al resto del país a partir del Norte. Medio siglo antes, las fuerzas juaristas encontraron refugio en el desierto nortero, apoyo de los Estados Unidos contra Napoleón III y municiones norteamericanas.

⁵ Citado por Katz, *op. cit.*, p. 24.

La frontera norte, hoy

Los regímenes posteriores al fin de la Revolución de 1910-1917 fueron atendiendo el desarrollo de la frontera norte en la medida en que esta parte del territorio se perfilaba como el espacio con mayores posibilidades de apoyo al crecimiento de la economía nacional. Debe mencionarse que la serie de cambios sufridos por los Estados Unidos que llevaron a California y Texas a la cabeza del dinamismo económico, llevarían a la postre a contribuir a la consolidación de las simbiosis entre la frontera sur de los Estados Unidos y la frontera norte de México. Gracias a esta simbiosis, las entidades norteamericanas se transformaron a su vez en la zona mexicana de mayor integración económica a los Estados Unidos de Norteamérica.

La frontera, y en especial la franja fronteriza de veinte kilómetros de ancho a lo largo de 2,597 kilómetros en seis estados de la república, aparece como una comarca verdaderamente privilegiada en cuanto a obras de infraestructura, dedicadas al servicio de la agricultura, el turismo, el comercio y, desde luego, la industria maquiladora. Junto a un propósito manifiesto de afirmación de la soberanía nacional, las grandes inversiones gubernamentales se orientan a fortalecer la frontera y convertirla en fuente acarreadora de divisas.

A partir de la década de los setenta, tuvo lugar en México un incremento considerable en el establecimiento de industrias dirigidas a realizar actividades maquiladoras. Hacia 1980 nuestro país tenía 520 empresas maquiladoras, que daban empleo a 120,000 personas, y se calcula que al día de hoy existen alrededor de 700 que ocuparían 230,000 personas en forma directa.⁶ De hecho, la industria maquiladora se ha convertido en la segunda fuente

generadora de divisas, con un potencial enorme de crecimiento. Este tipo de industrias no solamente transformaron el perfil socioeconómico tradicional de la zona fronteriza del Norte, sino que iniciaron una nueva forma de incorporación de México a la división internacional del trabajo.

La maquiladora se orienta fundamentalmente a la producción de aparatos eléctricos y electrónicos, productos textiles y juguetes, así como al ensamble de partes y componentes automotrices. Si bien el Programa de Desarrollo de la frontera norte señala una "creciente incorporación, en condiciones de competitividad, de insumos y servicios nacionales a la industria maquiladora de exportación", la realidad dista mucho de justificar tal aserto.⁷

Frente a la concentración de obras y servicios de infraestructura, así como el auge industrial de la franja fronteriza, hay que señalar el rezago que se observa en el plano social. La hiperconcentración de la población en las grandes ciudades de la frontera, debida en gran parte a los residentes "temporales" en espera de cruzar la línea; una considerable subocupación o empleo en el sector de los servicios; problemas de abastecimiento del consumo

⁶ Olmedo, Raúl, "La crisis: la frontera norte", en *Excélsior*, 6 de noviembre de 1985.

⁷ De acuerdo con Carlos Mireles, presidente de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (CANACINTRA): "Desde la perspectiva de la integración de esta industria (maquiladora) al proceso productivo nacional, aún tenemos mucho camino por recorrer, hecho que se constata en la baja participación de insumos nacionales existentes en su producción. En 1979, de un total aproximado de 13,833 millones de pesos invertidos en insumos, 12,877 millones, es decir, el 98.9 por ciento, eran de procedencia extranjera y sólo 156 millones (1.2 por ciento), eran nacionales. Para 1984 la incorporación de insumos nacionales en los procesos de maquila alcanzó el 1.5 por ciento, lo que es aún muy reducido". Citado por Raúl Olmedo en la "Crisis: la frontera norte", *Excélsior*, 7 de noviembre de 1985.

popular; especulación permanente con el peso, salarios poco remuneradores porque la inflación fronteriza es superior a la nacional, así como el deterioro del ecosistema de la región, todos ellos revelan un panorama poco alentador.

Las actividades comerciales dominan la vida económica de la frontera, por encima incluso de la industria o la agricultura. Por su naturaleza, el ramo comercial está sujeto a las recaídas del peso mexicano y a las posibilidades de abastecimiento en el resto del país o en los Estados Unidos. Los cambios de la paridad monetaria hacen inestable la integración de los consumidores, ya sea con el mercado estadounidense, ya sea con el mexicano. A las bruscas devaluaciones —que benefician a sectores como el maquilador—, se sucede la inflación de los precios nacionales. Luego los consumidores fronterizos compran de nuevo en el lado norteamericano y los proveedores nacionales dejan de abastecer a la zona. Los grupos de menores ingresos entonces enfrentan dificultades de abasto, que se hacen más dramáticas con las nuevas devaluaciones.

Puesto que el dólar, por necesidad económica, se vuelve moneda corriente y segura, entonces se acentúa la integración del trabajador fronterizo a la economía vecina por medio del salario, ya que de esta forma mantiene o incrementa su poder adquisitivo. Nada refleja con tanto dramatismo la integración fronteriza a los Estados Unidos como el fenómeno de la “dolarización”. Esta, por su parte, en sí misma empuja los precios de los productos y servicios hacia arriba, porque el proveedor, en especial el grande, adecua su política de precios a los niveles del costo de la vida norteamericana. El hecho de que la población de la frontera esté en contacto estrecho con los Estados Unidos —y con su nivel de precios—, le induce a ahorrar en dólares.

Ante la pérdida constante del valor del peso, el fronterizo capta dólares como una manera de afrontar su realidad de supervivencia y como una prevención ante la eventualidad de tiempos peores.

La frontera norte es el espacio de convergencia de las nuevas tendencias industriales norteamericanas —traslado del dinamismo industrial del Norte hacia el Suroeste— y las de México —ascenso constante de la actividad industrial—. En definitiva, y a partir de los principios de la década de los ochenta, la frontera ha conocido una sucesión de cambios de difícil asimilación. Las políticas monetarias, crediticias, financieras y de precios del Estado mexicano, la afluencia de las inversiones norteamericanas, las políticas de Estados Unidos hacia México en lo económico, así como la crisis pertinaz que vulnera la subsistencia, se combinaron para dar a la frontera norte una nueva configuración.

La respuesta de la población fronteriza a estos cambios ha sido inequívoca y de diversas formas. Aquí mencionaremos la tendencia de la “gremialización” de clases, estamentos y sectores a lo largo del territorio de la frontera, así como la exacerbación de las diferencias entre el centro y sus regiones periféricas, que en el Norte acusa perfiles nítidos. El ascenso del regionalismo en Chihuahua, Sonora o Nuevo León se liga, más que a pretendidas tradiciones autonomistas, a la manera específica en que la crisis golpea a la frontera; el Estado responde a dicha situación crítica y se elaboran las posibilidades de una sana supervivencia en el futuro. Un consenso de las clases, que se expresa activa y pasivamente, se está logrando a través de una identificación torcida de un enemigo encarnado en el “centro” hegemónico y represor, “culpable” de la carestía y demás dificultades. Detrás del argumento regionalista se encuentran, por supuesto, los grupos econó-

micos y políticos dominantes afectados por decisiones emanadas del gobierno nacional.

La psicología del hombre fronterizo en el momento actual sería la de un individuo aislado. Los habitantes de la frontera pueden suponer que están cada vez más integrados al suroeste de los Estados Unidos —y desintegrados de México—, pero seguros del hecho de que sus vecinos al otro lado de la línea no se vuelven parte de su espacio. Vulnerables como los que más a los vaivenes de dos economías a las que se pertenecen en grado diverso, esperan poco del país en que nacieron, convirtiéndose en presa fácil de la demagogia derechista.

Hay quienes ponen en el centro del ascenso del racionalismo fragmentado en la frontera norte, precisamente a la “debilidad congénita” de la cultura mexicana en esta región. Nuestra postura, como ya es obvio, es la de buscar en los planos económicos y políticos, y no en el cultural, la raíz de un innegable regionalismo norteño en ascenso.

El mito de la frontera “desnacionalizada” no resiste la menor prueba. En la franja fronteriza misma, donde hay más de una decena de ciudades al lado de las estadounidenses, y pese a su lejanía y aislamiento del resto del territorio nacional, la cultura mexicana está vigente. En un estudio realizado por el Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (CEFNOEMEX) se revela que las tradiciones culturales que identifican los valores comunes a los mexicanos se refuerzan donde hay un mayor contacto con el extranjero. Declara Jorge A. Bustamante, director de CEFNOEMEX, que la identidad se produce porque el fronterizo trata con mayor constancia al extranjero. Paradójicamente, señala, la presencia de los norteamericanos se convierte en un elemento de reafirmación de la identidad nacional en la frontera norte, sobre todo de aquellos habitan-

tes que tienen condiciones socioeconómicas más precarias y menos educación formal.⁸

En efecto, las clases subordinadas muestran una mayor identificación con lo que se ha dado en llamar genéricamente “lo mexicano”. En las clases superiores, en cambio, existe una mayor propensión al cosmopolitismo del consumo y a la imitación extralógica del modo norteamericano de vivir. La burguesía y la clase media alta, no solamente las de la frontera, por su ascenso relativamente reciente y su precario nivel cultural, asumen la postura típica de los colonizados. La cultura del consumismo norteamericano, a la que ellas tienen acceso con la magia del dinero, las conduce a juzgarla superior a la suya propia, más “tradicional”, “estática” y adscrita en sus orígenes a las clases subordinadas. La transculturación enajenada no puede ser explicada a partir de patrones únicos, sino desde un punto de vista de clase. Por otro lado, resultaría falsa la afirmación absoluta de que el “pueblo” es la mejor garantía de la supervivencia de la cultura nacional, en la frontera o fuera de ella. Las clases subordinadas no son inmunes a la transculturación, si bien aquí el proceso es más lento y difícil que en las clases altas.

La cultura de la frontera norte es parte fundamental de la cultura nacional, que nace de ésta pero que se configura en su relativo aislamiento del centro de la república y en la interacción constante con la cultura más dinámica del orbe. La expresión nacionalista de la frontera, intensa de suyo y no exenta de muchas contradicciones, no puede entenderse con la visión tradicional que define al nacio-

⁸ Contreras Salcedo, J. “Machismo y autoritarismo, parte del bagaje: Bustamante”, en *Excelsior*, 17 de diciembre de 1985.

nalismo en otros lugares del país. El habitante de la región fronteriza, además, puede enriquecer el espacio nacional no solamente en el sentido económico o político, sino también en el cultural, porque

en la frontera existen mejores niveles de vida, mayor acceso a la educación formal que en otros lugares de México y porque, aun en la crisis, tiene una visión positiva del país. 🍷



Gerardo Aguilar